

## INTRODUCCIÓN

La Historia avanza como un tanque y cada presente reclama sus testigos, sus intérpretes, sus cronistas.

Jorge Carrión, *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*.

### UNA LITERATURA POLÍTICA Y BELIGERANTE

La mal llamada Guerra de África, ya que España no se enfrentaba a todo un continente, sino al norte de Marruecos, también se conoce por otros nombres, la Primera Guerra de Marruecos o Guerra Hispano-Marroquí<sup>1</sup>, pero mantendremos el de Guerra de África por ser el preponderante en su literatura. Supuso uno de los acontecimientos más convulsos del belicoso siglo XIX español, flanqueado por la Guerra de la Independencia (1808-1814) y la Guerra de Cuba (1898) y salteado por las Guerras Carlistas. España debuta en la arena colonialista norteafricana con la Guerra de África, que se declara formalmente el 22 de octubre de 1859, si bien los incidentes fronterizos en Ceuta y Melilla se remontan a agosto de 1859, y termina seis meses después, el 26 de abril de 1860 con el Tratado de Wad-Ras. La Guerra de África se envolvió en una retórica persuasiva y una propaganda que el gobierno español lanzó para reafirmar su débil justificación para catapultar una guerra que desviaba la atención de los problemas internos de la nación y su desplazamiento a la segunda división de las potencias europeas. El sistema liberal se tambaleaba con Isabel II, una reina inepta para el gobierno y difamada por su vida licenciosa, la corrupción, los vertiginosos cambios de gabinetes, los ataques carlistas, los alzamientos y los continuos pronun-

---

<sup>1</sup> La Guerra de África empezó llamándose la Guerra del Rif, pero los africanistas españoles optaron por darle al nombre una dimensión continental, sugiriendo con ello su aspiración a reinsertar a España como potencia en el concierto mundial. Los estudios marroquíes suelen referirse a este conflicto militar como la Guerra de Tetuán o la Guerra Hispano-marroquí, mientras que los franceses y los anglosajones prefieren la Campaña de Marruecos.

ciamientos (cfr. Collado Fernández). España necesitaba, a su vez, restaurar la confianza nacional en el ejército, recuperar su dilapidado peso político entre las naciones europeas, sobre todo Francia e Inglaterra (cfr. Inarejos Muñoz), y disipar las preocupaciones sobre el mermado capital de la nación. La campaña propagandística de la reina Isabel II y el presidente del gobierno Leopoldo O'Donnell avivaron el patriotismo de los españoles dirigiendo la tormenta nacional al territorio marroquí. ¿Logró esta retórica convencer a los españoles de 1859-1860 de que España podía recuperar un papel político de importancia a nivel internacional? Según Núñez Seixas, a pesar de la “débil nacionalización” o difusión social de pertenencia a una nación política por parte del Estado español, la Guerra de África “logró concitar y conciliar entusiasmo patriótico en las élites y los sectores populares por igual, y en todos los territorios peninsulares, incluyendo Cataluña” (30-31, 35-36). Álvarez Junco coincide en que el enemigo exterior consiguió aglutinar a la población, como parte de una política expansionista colonial o “política de prestigio” (510) y García Balañà confirma la exaltación popular (55), independientemente de la ideología política. El partido gubernamental, la Unión Liberal, encabezado por O'Donnell, contó sin duda con el apoyo popular, si bien la adhesión de la opinión pública no estuvo exenta de detractores en esta apoteosis nacionalista. Es más, la retórica gubernamental no consiguió estimular el renacimiento de la nación ni llevarse gran tajada en el reparto europeo de África. Paulatinamente, serán menos los escritores que ven este conflicto a través de la exaltación de la guerra.

En 1859-1860 se produce una auténtica eclosión editorial, de la que el *Diario de un testigo de la Guerra de África* de Pedro Antonio de Alarcón es sin duda uno de los textos mejor conocidos en los que se asienta el africanismo colonialista español, si bien debemos verlo como la punta del iceberg. La producción literaria del siglo XIX apenas registra en su canon la retórica imperial y la dinámica colonial sobre la que se sostenía el disminuido imperio español, que a mediados del siglo aún contaba, no obstante, con colonias ultramarinas en América, África y Asia: Cuba, Puerto Rico, Filipinas, las islas Carolinas y Marianas, Ceuta, Melilla, Canarias, Río Muni y Fernando Poo. ¿Por qué ha quedado sumido en el olvido el legado de la España imperial del siglo XIX? ¿Qué fue de la literatura de la Guerra de África en el contexto de la política expansionista colonial? Dada esta opacidad, ¿cuál fue su calado en el

imaginario político y cultural español? ¿Dejó sedimento alguno en la memoria de los españoles? Escribir es dejar un rastro, pero en el caso de la Guerra de África ese rastro sigue mayormente oculto, pues no se logró preservar la memoria de la materia colonial española. Considero que ese caudal literario, que ofrece enorme potencial para el análisis crítico, requiere reconocimiento y mayor visibilidad.

Los críticos aluden con frecuencia a que, salvo Alarcón y algún otro escritor de renombre como Núñez de Arce y posteriormente Galdós, la tónica general de la literatura en torno a la Guerra de África fue de “una gran mediocridad” (Herrero García 2021, 273) y suelen meter en un mismo saco a autores muy dispares tan solo por compartir el ensalzamiento patriótico, la denigración del marroquí y el talante colonialista de sus escritos. No obstante, el estudio de cómo se escribió esta guerra sin atender exclusivamente a qué autores se ganaron un hueco en el canon de la historia literaria nos depara insospechadas revelaciones en el imaginario cultural y la memoria histórica colectiva. La guerra vista como un objeto del discurso es imprescindible para entender la ideología de Occidente y es apasionante ver qué imaginaría forjó España de su país vecino, Marruecos, en torno a su enemistad militar y su otredad cultural. Este estudio pretende recuperar las heterogéneas manifestaciones literarias sobre la Guerra de África, que en su día se vio como una gran epopeya y que ocupó un lugar central en el imaginario político, cultural y literario de la nación española. Muchas de estas voces han quedado sumidas en un silencio injustificable. De hecho, en ocasiones, las voces provenientes de escritores de escasa notoriedad contribuyen más al problema literario de escribir la guerra que las de autores de más renombre. Sin estas voces, individuales y colectivas, resultaría difícil entender cómo el pensamiento colonialista se ha perpetuado en la situación postcolonial contemporánea. La Guerra de África de 1859-1860 es el fulcro que definirá las relaciones entre los países vecinos a través de iteraciones bélicas: la Guerra de Melilla<sup>2</sup>, las Guerras del Rif, la Guerra Civil y la dictadura franquista, la Guerra de Ifni y el conflicto armado en el islote Leila (Perejil), que corrió el riesgo de convertirse en una guerra. Este estudio se enfoca primordialmente en el

---

<sup>2</sup> Sobre los errores políticos y diplomáticos que hicieron que las campañas de Marruecos se cerraran en falso, véase Rodríguez González.

problema de escribir la guerra y cómo la literatura de la Guerra de África de 1859-1860 se sintió y se conceptualizó en su momento, proporcionando, a la vez, alguna medida de las consecuencias del fracaso que —paradójicamente— supuso aquel triunfo militar.

El punto de vista nacional en la Guerra de África de 1859-1860 es el que era favorable al colonialismo europeo<sup>3</sup>, aunque no se fundamentaba en un modelo colonizador adecuado, viable o siquiera justificable. Esta operación colonial se basaba sobre todo en la intervención militar, que resultó en el rendimiento de la ciudad de Tetuán; una victoria militar para España, mas sin ganancias políticas o territoriales tangibles y con escaso beneficio económico<sup>4</sup>. Los gastos y las reparaciones de guerra no fueron compensados enteramente por Marruecos y el costo humano fue inmenso, causado en su mayor parte por los estragos del cólera, catástrofe sanitaria que supuso aproximadamente el 70% de los muertos en campaña<sup>5</sup>. Los sueños de O'Donnell y de los mismos españoles sobre una rápida victoria en Marruecos (una *guerra grande*) quedaron reducidos a una *paz chica*, balance que, no obstante, la clase militar celebró como una gloriosa victoria (cfr. Pedraz Marcos, 2000, 52). “Página, sin duda, la más brillante que registra el reinado de Isabel II, fue la campaña de África (1859-60)”, comenta Barado en *Nuestros soldados* (124) cincuenta años después de la guerra. Pese a todo, la campaña de África no ayudó al tumultuoso reinado de Isabel II, apodada por Galdós “La reina de los tristes destinos”, destronada y exiliada en París, donde fallece en 1904. La

---

<sup>3</sup> El estudio de Fieldhouse, *The Colonial Empires* (ca. 1966), caracteriza el período entre 1883 y 1914 como una fase de reparto y ocupación efectiva del mundo por las grandes potencias europeas, contexto histórico en el que hemos de entender la cuestión marroquí desde la mirada finisecular y la oleada imperialista que entonces alcanzó a Marruecos. Para el repartimiento de colonias, protectorados o zonas de influencia europea en África hacia finales del siglo XIX y su trasfondo histórico, véase *Quimeras de África*, de Pedraz Marcos, en particular “La acción colonial de España entre 1883 y 1886, en el marco de la expansión europea”, 259-368.

<sup>4</sup> Por el tratado de paz, España amplía los límites de Ceuta y Melilla, y Marruecos acepta organizar una fuerza regular que castigara los actos hostiles de las cabilas, se concede un establecimiento pesquero en el Atlántico en Ifni y una indemnización de millones de reales por los gastos de guerra, que solo se pagaron en parte. España conservó Tetuán, pero luego se trocó para poder recaudar la indemnización y la plaza fue evacuada en 1862. La *guerra grande* alude a las 10.000 bajas españolas en el Ejército Expedicionario, de unos 50.000 hombres.

<sup>5</sup> Véanse Serrallonga Urquidi (“La guerra de África” 157) y Miguel Ángel Ferreiro (s. p.).

victoria militar tampoco elevó el estatus de España de cara a las potencias europeas, pues el modesto dominio colonial español sobre parte de Marruecos lo tutelaban británicos y franceses, que acotaron las ambiciones de Madrid después de la victoria en Tetuán en 1860. La literatura de la Guerra de África acusa un desinflamiento interno paralelo: junto con los ánimos exaltados que gritaban ¡guerra!, descubrimos penosos testimonios de prisioneros de guerra que restan brillo al triunfo militar; críticas al gobierno debidas a la deficiente infraestructura bélica; contactos con renegados, moros, judíos y africanos negros que revelan la añoranza de una afinidad con el mundo árabe y la compleja relación de los españoles con las distintas etnias; y serias dudas sobre la viabilidad de la colonización de un territorio y de una cultura que quienes participan en la guerra empiezan a sentir que son *inconquistables*.

¿Cuál fue el detonante de este conflicto en la era isabelina? Como es sabido, Marruecos y España comparten fronteras marítimas y terrestres: Ceuta, Melilla, Alhucemas, el peñón de Vélez de la Gomera y el de Alhucemas, debido a la larga historia del *archipiélago carcelario*<sup>6</sup> que España estableció en el norte de África. Las disputas entre Marruecos y España sobre sus delimitaciones fronterizas eran frecuentes y en 1859 ambos países firmaron un tratado diplomático que afectaba a Melilla, Alhucemas y Vélez de la Gomera, pero no a Ceuta<sup>7</sup>. La controversia sobre la delimitación de Ceuta fue el catalítico pasivo que dio lugar a los incidentes que condujeron a la Guerra de África. Marruecos vio las nuevas fortificaciones emprendidas por España como una provocación, especialmente a la luz del reciente acuerdo. La destrucción por parte de las cabilas o tribus rifeñas de los límites territoriales en la plaza militar de Ceuta sirvió a los españoles como justificación para una intervención militar con una singular concepción de la guerra: una cuestión de *honor* que requería satisfacción. La expedición militar a Marruecos revela que España no quiso ver el asunto fronterizo como un conflicto vecinal. Se utilizó como una oportunidad para reverdecer las glorias de tiempos gloriosos para la nación española y unirse a lo que llamaron entonces la *epopeya colonial* de las naciones europeas en África, con lo que el patriotismo nacional se encaramó al colonialismo. Según Morales Lezcano, “la presencia francesa

---

<sup>6</sup> Término adaptado de Foucault y utilizado por Vialette.

<sup>7</sup> Sobre tratados y convenios referentes a Marruecos, véase Cagigas.

en el noroeste de África constituye el factor desencadenante del africanismo español” (*Historia de Marruecos* 20). De ahí que el incidente de las cabilas se esgrimiera como pretexto para llevar a cabo una misión *civilizadora* en África, promoviendo un discurso basado en la idea del progreso y de la civilización moderna que, según los tratadistas de la época, las propias guerras generan. Sin embargo, lo que esta guerra colonial mostraría a la larga es que, lejos de traer la modernidad a Marruecos, la retrasó. El Protectorado español que se instaura en 1912, “improvisado y carente de un proyecto claro” fue “un coletazo colonial tardío, impulsado por razones de política interna, el desmoronamiento del viejo imperio colonial de América, y la competencia europea por el reparto de África” (Mateo Dieste, *La “hermandad” hispano-marroquí* 28). La intervención española en el norte de África pretendía, según Mateo Dieste, “garantizar la seguridad y la ‘imagen’ de una España convertida ya en pequeña potencia dentro del sistema europeo heredado del Congreso de Viena y de los reajustes que aquél experimentó hasta 1870” (21).

A pesar del triunfo militar del ejército español y del discurso triunfalista que le acompaña, la Guerra de África apunta al desmoronamiento del colonialismo que España despliega en el siglo XIX, jalonado por la Guerra del Pacífico contra Perú y Chile en 1866, la Guerra de Cuba que se extiende una década (1868-1878) y el llamado Desastre de 1898, en el que España pierde sus últimas colonias: Cuba, Puerto Rico, las islas Filipinas y Guam. Una guerra prácticamente olvidada, la Guerra de África vuelve a abrir sus heridas mal cerradas en otra contienda contra Marruecos en 1893, la llamada Guerra de Melilla o Guerra de Margallo, y eventualmente dará paso a las sangrientas Guerras de Rif (1909-1927), el establecimiento del Protectorado en 1912 y su programa colonial<sup>8</sup>. El africanismo militar en Marruecos es, además, el emplazamiento ideológico desde el que el general Francisco Franco concibe el alzamiento contra la Segunda República, lo cual provocará el estallido de la Guerra Civil española (1936-1939), seguida de la dictadura franquista. En este sentido, la Guerra de África es la antesala de las Guerras de Rif y de la Guerra Civil, que los militares africanistas seguirán concibiendo como

---

<sup>8</sup> Sobre el nacimiento del Protectorado español en Marruecos, véase López García (*Orientalismo e ideología colonial* 313-316). Sobre el Protectorado en sí, Hernández Mir (*La dictadura en Marruecos*).

cruzadas para defender la España imperial. El propio Franco reconoció, en una entrevista concedida a Manuel Aznar en 1938, que en África “nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que hoy nos redime. Sin África yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas” (cit. Preston 1993, 35). Es dentro de este doble contexto del colapso de la expansión colonialista de España y la fracturación interna de las Guerras Carlistas que permea todo el siglo XIX, donde necesitamos enmarcar la Guerra de África y sus implicaciones para la España de hoy. A pesar de la victoria española, todo apunta a que, en el terreno político, quien ganó aquella guerra, de hecho, perdió. Desde el siglo XXI, la guerra de 1859-1860, así como las de 1893 y 1909, se nos presentan como “intentos fallidos por parte española de imponer *manu militari* un marco estable y adecuado a la creciente, por muy modesta que fuese, injerencia política y comercial española en el país vecino” (Martín Corrales 2004, 12).

Los acontecimientos político-militares que flanquean esta guerra, entre 1840 y 1868, son significativos: la primera fecha marca el fin de la primera Guerra Carlista y la segunda, la revolución de septiembre, llamada La Gloriosa. El ejército español está entonces en cuatro partes del mundo: Oceanía, África, América y Asia, por lo que no es un suceso aislado para España ni para la Europa del momento. En 1857 España envía expediciones militares a México, a Santo Domingo y la Cochinchina, además de a África, y declara la guerra a Perú y Chile en la década de los años sesenta. Esto sugiere que España se veía aún como una potencia colonial, si bien disminuida. Es más, esta guerra se desenvuelve tras la rebelión de la India contra los ingleses en 1857 y de forma coetánea con los problemas en China y la expedición a la Conchinchina (Serrallonga Urquidí 1998a, 139). Es, por tanto, una época decisiva para el futuro de España como potencia, la cual entrará en declive en picado.

El delirio patriótico en torno a la Guerra de África alcanzó un punto culminante dentro de la dominación colonial de España en tiempos modernos. Se manifestó en la sociedad española a través de un despliegue considerable de obras que revelan cómo se entendió dicho conflicto bélico en ese momento histórico y que marcó la forma oficial y pública de pensar y percibir las relaciones hispano-marroquíes contemporáneas. La guerra se

ejerce físicamente a través de ejércitos y armas, pero también es una función de la mente, como señala Favret, pues al ser entendida como un estado de hostilidad abierta no solo mata al soldado, sino que se infiltra, invade, mutila y destruye a una nación (181). Así, la guerra se desplaza, por su valor figurado, al ámbito de la literatura. La guerra se intelectualiza y en la fase final del reinado de Isabel II los hombres de letras van a la guerra —Alarcón, Núñez de Arce, entre otros— y se hacen políticos, mientras que los militares —Ros de Olano, Gutiérrez Maturana, entre otros— no desaprovechan la oportunidad para ensayar la pluma. La guerra se convierte, según Favret, en un logro formidable que comprende las artes y las ciencias. La literatura en torno a la Guerra de África nos abre una puerta al entendimiento de cómo se asientan los paradigmas del conocimiento y de las experiencias vividas; paradigmas que cambiarán con el tiempo, si bien mantienen continuidad con lo que se escribe en torno a 1859-1860.

La Guerra de África produjo, además de una considerable contribución a la historiografía del momento a través de ensayos y libros de historia, una abundante literatura: poesía, crónicas periodísticas, cuadros de costumbres, episodios, novelas, memorias, literatura de viajes, teatro lírico de circunstancias y dramas heroicos. Se plasmó también en aleluyas —la novela gráfica decimonónica—, grabados, fotografías, dibujos, cuadros al óleo y composiciones musicales. Todos estos artefactos narrativos, poéticos, dramáticos, visuales y musicales, están vinculados con la realidad de la Guerra de África. En conjunto, arroja un *imaginario colectivo* de gran diversidad desde el punto de vista artístico e incluso en cuanto a sus posicionamientos ideológicos que, puestos en debate, acaban mostrando las grietas de un nacionalismo unitario. Con *imaginario colectivo* quiero decir un discurso socialmente construido, basado en la memoria colectiva, y condicionado por estructuras políticas, económicas y sociales que pueden ser recordadas o conmemoradas<sup>9</sup>. Este concepto es particularmente destacable porque los límites territoriales entre España y Marruecos estaban en pugna, y España se hallaba en el contexto de una expansión colonial que dominaba en Europa.

El colonialismo español en Marruecos estaba íntimamente ligado a la función de nacionalizar a España. Por tanto, Marruecos será clave en la cons-

---

<sup>9</sup> Véase Halbwachs, *La memoria colectiva y Los marcos sociales de la memoria*.



trucción de las maneras de representar el imaginario nacional desde discursos de la alteridad. Este corpus literario exige una relectura, tal como para los escritores supuso una reescritura de cómo representar el imaginario nacional. Cada escritor reformula los temas con sus reflexiones, provengan de cronistas, corresponsales, soldados o turistas de guerra. Trazan de nuevo el frente y sus combates, redesciben al enemigo y al Otro, comunican sus encuentros con lo pintoresco o con lo extraordinario, recurren a las estrategias escriturales de sus predecesores y de sus coetáneos, añadiéndoles su mirada personal y su estética propia. En el proceso, estos escritores de la Guerra de África revelan su manera de entender la escritura y su conciencia de las distorsiones que, como escritores, imponen a la experiencia. Su actitud ante la tarea de escribir la guerra nos permite revisar los imaginarios identitarios desde los que se abordaba el pasado y cómo estos sirvieron para informar los mitos fundacionales de la nación española en el siglo XIX, sus metáforas, símbolos, creencias, así como su conceptualización de las características étnicas y culturales de los pueblos.

A veces llamado *literatura de guerra* o *literatura de las expediciones militares* (Jover Zamora 153)<sup>10</sup>, el corpus de las obras aquí agrupadas consiste en obras históricas y de ficción que hacen recuento del triunfo militar de España sobre el imperio marroquí para presentar dicha guerra de modo abrumadoramente afirmativo y restaurar así el proyecto histórico del nacionalismo español de la baja era isabelina. Forman un grueso legado de literatura colonialista y africanista; un corpus político de una abundante literatura castrense decimonónica a la que contribuyen autores de gran renombre, así como escritores innominados y de circunstancias. Mas ni su ideología es monolítica ni todos escogen un mismo género literario. Los relatos testimoniales alternan con los trabajos de investigación, los asuntos históricos con los ficticios, los escritos desde cómodos despachos de la península con lo que se escribe bajo la tienda, y los que expresan el dolor con descarnado realismo también se permiten un orientalismo abigarrado. Mientras algunos escritores lisonje-

---

<sup>10</sup> Jover Zamora aporta a título de ejemplo el *Diario de un testigo de la Guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón, el *Romancero de la Guerra de África* del marqués de Molins, o el del mismo título de Eduardo Bustillo, si bien la oferta de este tipo de literatura es sumamente amplia.

ros pecan de adulación a políticos y militares coetáneos suyos, eso no quita para que también transmitan verdades que consideraban indubitadas, con un lenguaje terso, afilado o manido, directo o galante, plagado de tópicos o sorprendentemente original.

Los moldes literarios (géneros y modalidades de escritura) a los que se acogen estos escritos son solo un punto de partida para experimentar con libertad autorial. Todos estos autores, con mayor o menor fortuna, dejaron su huella dándonos su visión de este encuentro entre dos mundos a través de un choque bélico que, junto con el azote del cólera, produjo tanta muerte y desolación. Y lo hicieron sin quizá llegar a comprender del todo —salvo algunas excepciones— que las naciones enfrentadas mantenían no solo una larga enemistad histórica, sino también una importante afinidad. Debido a la complicada relación fronteriza a ambos lados del Estrecho<sup>11</sup>, las memorias respectivas han tendido numerosos velos y tergiversaciones sobre el pasado.

Considero que la fluidez, diversidad y complejidad de estos textos se ha pasado a menudo por alto, como si todos ellos formaran un mismo bloque dentro de la camisa de fuerza del colonialismo, cuando en realidad hay una diversidad de perspectivas sobre la campaña militar y sorpresas en la relación de los hechos a través de la experiencia personal. Estas narraciones bélicas deparan al lector microhistorias fascinantes de arrojo y honor, personal y colectivo, así como de sufrimiento y dolor, que quedan incrustadas en un lienzo más grande para que no se olviden. Conjuntamente dan forma a nuestra memoria colectiva. La memoria escrita que resulta de la Guerra de África es un sedimento cultural que articula el imaginario español sobre el país vecino y da forma a la manera en que se escribiría sobre los futuros confrontamientos hispano-marroquíes y sus desventuras coloniales.

Los textos seleccionados incluyen obras representativas de distintas modalidades genéricas. Sus capas y repliegues son capaces, no obstante, de romper formatos y de dinamitarlos. Escribir la guerra es una labor esquiva, por lo que estos textos acaban sugiriendo que nunca podrán representar la

---

<sup>11</sup> El Estrecho, que separa Punta de Oliveros (España) y Punta Cires (Marruecos) por tan solo 14,2 km es la frontera natural entre ambas naciones. El nombre de Gibraltar, como es sabido, se retrotrae a la invasión árabe de la península ibérica en 711 y significa “la montaña de Tarik” (Yabal-Tarik), en honor al líder militar que encabezó la invasión.